

# Los contornos de la razón y las políticas de reducción de daños relacionados con las drogas

Alejandro Sánchez

Centros de Integración Juvenil  
Madrid

Los avances en salud pública, donde se encuentran los sistemas de atención a personas con problemas de abuso de drogas, siempre han estado estrechamente relacionados a las posibilidades de avance macroeconómico y democrático de una sociedad, por ello para comprender el estado actual de cualquiera de estos sistemas de atención social, es imprescindible que se realice un análisis global de las condiciones socioculturales y económico-políticas prevalentes en un determinado espacio y tiempo específico. Es importante no perder de vista que en las llamadas sociedades abiertas<sup>1</sup> se generan constantemente transformaciones y alteraciones del significado que tienen los objetos más inmediatos y cercanos los cuales garantizan tan sólo una efímera identidad, proceso que utilizando un símil de la física, se le puede asociar con la variabilidad de velocidad, por unidad de tiempo de un cuerpo en movimiento que ocurre con el efecto de aceleración, lo cual sólo se ve parcialmente compensada cuando se producen algunas *formas* de fricción ante los embates de esta constante transformación en los estilos de vida.

Pero, ¿De qué forma entender esta fricción? ¿Cómo resistencia, negación, incompreensión o, quizá, como catalizador?. Lo que es claro es que difícilmente se puede considerar viable mantener vigente una perspectiva que niegue o se oponga de forma pura a

los axiomas que se construyen a través de la conquista de nuevos sentidos en los terrenos de la diversidad y heterogeneidad colectiva. Pero aunque parezca utópico, existen quienes se han mantenido atrincherados, dada por una incapacidad analítica y/o adaptativa, en posiciones tan fortificadas como un búnker, que ahora tan sólo ofrece la seguridad propia de su aislamiento y su negación, lo cual está muy lejos de representar una verdadera forma de fricción. Porque sólo a través del ejercicio reflexivo se adquiere un efecto de fricción, en aquel constante diálogo intemo es donde se encuentran más condensados los elementos catalizadores de la velocidad en los sistemas lineales de conocimiento. Por ello lo que debe distinguir nuestro actuar ante el abuso de drogas se encuentra más en términos de la comprensión que de la explicación, esto es, se debe distinguir por la capacidad de expresar lo comprendido y lo que a partir de ello, podemos decir, porque cualquier intervención, en torno a lo que hemos acabado por denominar drogodependencias, es como una conversación inacabada, porque no habrá palabra alguna que pueda poder un punto final a la misma, ni nos será posible encontrar la palabra que le dio inicio.

De las diferentes formas de intervención en drogodependencias que existen, la perspectiva que asumen los programas de reducción de daños y riesgos, podemos

<sup>1</sup> Dentro de esta categoría, si bien se encuentran aquellas sociedades que asumen como valores indiscutibles para su identidad las premisas de la democracia y de los estilos de vida occidentales; lo que las define principalmente como tales es su capacidad de adaptar a su sistema de convivencia interna los diversos cambios socioculturales que en ella acontecen.

considerarlas como aquellas que marcan en este campo un estilo más comprensivo. Por ello, sería erróneo de nuestra parte considerar en su estudio, solo los dispositivos que se desprenden de dicha perspectiva, esto es, la reducción de daños y riesgos si bien esta conformada por diversos programas tales como el mantenimiento con metadona o programas con otros agonistas opiáceos (LAAM, heroína, buprenorfina, codeína, morfina o diacetilmorfina), distribución e intercambio de jeringuillas, programas de sexo seguro, sociosanitarios, etc.; es importante no olvidar que lo esencial de estos dispositivos no termina con su instrumentación y cuando esto ocurre, cuando se les termina considerando solo en esta única dimensión, pierde gran parte del sentido original desde el cual se planeo su diseño. Si limitamos, por ejemplo, los objetivos de los Programas de Sustitutivos Opiáceos, al control de enfermedades infecto-contagiosas, como el virus del VIH, ¿No estaremos retornando a viejas estrategias de respuesta superficiales que nos impiden apreciar otros factores, igualmente importantes pero de distinto orden de complejidad? Si bien el VIH es un grave problema de salud pública estrechamente asociado a ciertos patrones de consumo de drogas, este no representa el único daño asociado; y sobre el tema cito un singular párrafo del Plan Municipal de Drogas del Ayuntamiento de Madrid<sup>2</sup>: “Además de las enfermedades infecciosas la falta de formación y empleo, la carencia de hogar, las dificultades para la convivencia con su entorno social, son situaciones muy frecuentes en la población drogodependiente que limitan la posibilidad de una vida autónoma y saludable.” A esto es imposible dejar de cuestionar sobre lo que se está haciendo en este sentido, aparte, claro está, de poder reconocerlo de esta manera. Existe una extraña tendencia a no prestar demasiada atención a este tipo de cosas, pareciera que a medida que emergen formas más complejas respecto a un fenómeno, menor es la intención de quererlas comprender, lo cual es similar a una incómoda frase que violenta el equilibrio que se guarda con la complejidad.

Sin duda, los programas de reducción de

daños y riesgos resultan algo muy seductor para responder a muchas de las vicisitudes que se originan con las drogodependencias. Pero ¿Será que a través de esta forma de asumir (o asumirse ante) este fenómeno, estaremos conformando un nuevo paradigma ante las necesidades que se demanda una convivencia marcada por la pluralidad y la multiconvergencia? Para ello, como un primer paso, abría que recurrir con cautela al recuento histórico que han marcado las estrategias para apaciguar los daños causados por distintas sustancias con distintos usos. No deberá extrañarnos encontrar en los rincones de la memoria colectiva, datos que a finales el siglo XIX ya confirmaban la existencia de políticas sustitutivas para paliar y contrarrestar los efectos asociados al uso de la morfina, uno de los factores que, por cierto, promovió la síntesis de la heroína en Suiza, algo que ahora resulta bastante paradójico que gran parte de la investigación farmacéutica se centre en tratar de sintetizar sustitutivos cada vez más adecuados a este potente opiáceo, los riesgos de que la historia se conforme en un eterno espiral. Pero entonces, si esta práctica no se destaca por novedad ¿Por qué a la fecha, este tipo de políticas y dispositivos terapéuticos, puede parecernos a algunos un tanto distante, principalmente para quienes nos hemos establecido desde la intervención institucional?, la respuesta no parece fácil de contestar, incluso imposible de poder totalizarla, pero quizá podamos comprenderla (y en esa medida, *comprendernos*) un poco más si reflexionamos en torno a la dificultad que no ha representado el hecho de reconocer que existen distintas formas de apreciar, pensar y asumir parte de la realidad que nos rodea.

Los dispositivos que en drogodependencias se rigen desde políticas más lineales de intervención, responden indudablemente a ciertas necesidades que existen entre la población toxicómana: los Programas Libres de Drogas, pero la dureza de su visión, sin duda, ha representado también un obstáculo para asimilar otro tipo de necesidades que han surgido. Las drogas y su consumo están evolucionando, y por lo tanto el conocimiento teórico y metodoló-

<sup>2</sup> Plan Municipal Contra las Drogas: Programas de sustitutivos opiáceos. Ayuntamiento de Madrid. Area de Servicios Sociales, Noviembre de 1998, p. 46



gico que construimos, debe también transformarse constantemente, pues uno de los errores más frecuentes en que hemos incurrido toda clase de investigadores que nos hemos interesado en comprender los fenómenos nosológicos, está en haber (y frecuentemente seguir) apostando a la totalidad científica, a la explicación acabada de tales fenómenos, sin caer en cuanta en la arrogancia que esto implica.

Este es uno de los motivos por el cual es necesario considerar los dispositivos de intervención que integren, en la medida de lo posible, la gama más amplia posible de alternativas a las necesidades que requieran la distintas drogodependencias. Pero para ello, la primera dificultad que se nos presenta, es la hegemonía con que cuanta aquella perspectiva que se caracteriza por su pensamiento binario y dicotómico de las drogodependencias. Pero es prudente aclarar que al enunciar esto, no se pretende hacer a un lado tal o cual dispositivo, sino de reconstruir el pensamiento desde el cual podamos asumir un enfoque que se caracterice más, insisto, por la aproximación y no por la concreción del objeto que estudiamos. Por este motivo, se requiere mínimamente que quienes trabajamos en este campo aceptemos como parte de nuestra identidad ser constructores de obras efímeras, de razonar sobre todo mediante los contenidos vagos de los conceptos; de integrar a nuestro corpus analítico lo impreciso, incorporar aquellos elementos tóxicos que la ciencia objetiva no supo o quiso metabolizar. Se requiere volver a mirar y atender lo que se construye en la convencionalidad de los conceptos. Desde una perspectiva de la razón sensible,

línea de pensamiento impulsada por el filósofo francés Michel Maffesoli, los programas de reducción de daños y riesgos en el consumo de drogas, no se limitan a un acto metodológico que otorgue dirección a una forma de intervención concreta, sino se refiere más a una propuesta de carácter ontológico que guíe la mirada analítica sobre las formas en que definimos y comprendemos la realidad que nos rodea en esta continua interacción con las drogas, por una parte, y con las previas categorías que hemos construido sobre ellas para dominar inteligiblemente su naturaleza en el orden que caracteriza nuestro pensamiento moderno.

La recuperación que se propone la perspectiva sensible, permite la posibilidad de suavizar algunas posiciones endurecidas que aun resultan hegemónicas en la forma de comprender las drogodependencias y que tienen una fuerte influencia en las políticas que rigen las intervenciones de las mismas. De tal manera que desde esta forma de contemplar las drogodependencias, se encuentren implicados estilos de pensamiento más tolerables, pues uno de los grandes retos en la convivencia humana es el reconocimiento de la pluralidad que existe en la contemplación del polimórfico mundo simbólico que compartimos, es un aprender a convivir tolerablemente en la diversidad, y como lo refiere el propio Maffesoli, *la descripción de los fenómenos sociales no tienen que ser únicamente un problema, sino también una plataforma a partir de la cual elaborar un ejercicio del pensamiento que corresponda, en el mejor de los casos a las audaces contradicciones de un mundo en gestación.*



